

la civilización griega; pero la filosofía y la política habían abandonado su suelo natal antes de que la Grecia exhalara su último suspiro.

Otro pueblo recogió su herencia y la engrandeció en todo lo que se dilataron los términos de su vastísima dominación. Roma no es un pueblo científico; Roma no es una sociedad artística: *Regere imperio populos..... hæ tibi erunt artes*. Pueblo de leyes y de batallas, donde quiera que van sus legiones y sus códigos, allí van sin embargo las ciencias y las artes. La historia de Roma es la historia de la civilización del mundo antiguo: pero la historia de la civilización romana no es la historia de ciencia alguna, ni de alguna clase de literatura. Todo su saber es práctico: es actividad toda su inteligencia. No piensa, no discute, no investiga. Conquista, manda, obra, funda, legisla. Roma no tiene sabios, y es un pueblo sapientísimo: no tiene filósofos, y sin embargo todos hemos aprendido en las escuelas esta definición de la jurisprudencia romana: *Rerum divinarum et humanarum notitia*. Roma no produce á Platon; pero el imperio romano algo más vale que la república ideal del discípulo de Sócrates.

Más sabía que la Academia y el Pórtico, aquel incomparable patriciado, que empieza en Numa para acabar en Sila; las doce Tablas, el edicto del Pretor, las respuestas de Gayo, las sentencias de Papiniano y las leyes de Julio, que la economía de Xenofonte, y que la ética de Aristoteles. ¿Quién es aquel legislador, que oculta debajo de las sangrientas listas de proscripción admirables trabajos de legislación filosófica? El rival de Mario. ¿Quién es aquel Cónsul, que aparece conjurando en la tribuna de las arenas las sediciones populares? Se llama Ciceron. ¿Quién es

aquel Dictador que amotina las turbas militares contra el orden establecido? Es César. ¿Quién es aquel literato que entre las delicias de una vida muelle y disipada, distrae sus placeres con versos, que han de ser enseñanza y doctrina de todos los tiempos? El poeta Horacio. Todos aquellos hombres que ejercieron tan directa influencia en la política y la gobernación de su patria, no fueron ciertamente estériles para la civilización del mundo. Los que llevaban sus armas victoriosas desde la Bretaña á la Persia, para asentar con la fuerza la unidad del Imperio, los mismos eran, Señores, que fundaban con su vastísima inteligencia aquella unidad intelectual, que hizo reinar la misma ley, la misma filosofía y la misma lengua desde el Támesis al Éufrates.

Examínese con mayor detenimiento en la sucesión de sus vicisitudes la historia de aquellas sociedades y de aquellas literaturas, y siempre se encontrará el mismo resultado. Cuando la profesión científica y la influencia política ó social caminan separadas, siempre el saber decae, como la preponderancia política declina. Siempre que la civilización retrocede, la inteligencia y la acción se dividen, los caracteres del sábio, del filósofo, del literato, del estadista y del legislador se aíslan, se apartan y se divorcian.

Por eso en los tiempos bárbaros este divorcio se consuma. Artes y ciencias van á vivir en los yermos y á refugiarse en los claustros. Dos ó tres veces, que en los siglos medios aciertan á penetrar en los palacios, parece que el hemisferio europeo se ilumina. Pero es una aurora boreal en la noche de un invierno polar. Las tinieblas de la barbarie vuelven. La inteligencia duerme. La conservación de las artes y de las ciencias en aquel aislamiento,

es como la vegetacion debajo de la nieve. En lo exterior reina una sociedad grosera, una gobernacion anárquica, un poder sin obediencia, una ley inícuca, la fuerza por razon de estado, la venganza por derecho del individuo. En la esfera intelectual la filosofía escolástica, las leyendas falsas, la astrología judiciaria, la nigromancia, la alquimia, las mil visiones de la metafísica teológica engendrando otras tantas heregias. Al fin raya la luz. Dios la trae. Algunas eminencias aparecen coronadas de un vivo resplandor. No son ellas sin duda los focos luminosos; bátales la excelencia de ser las cumbres en que el nuevo sol dá primero. Á poco que se levanta, los hondos valles le reciben.

El movimiento del nuevo dia, de la nueva estacion empieza, y los anteriores fenómenos se reproducen. Los árboles seculares y gigantescos, como quiera que estén, aunque sea solos y aislados, reverdecen. Para que los tallares y viveros se tornen selvas frondosas, es menester que apiñados troncos y enlazadas ramas de consuno se abriguen y se fecunden. No basta ya para el movimiento intelectual de esta época el saber del hombre sólo y el saber de la sociedad; donde quiera que la influencia social no le difunde y le aplica, allí se estanca y se corrompe. Si hay una ciencia cuyo esplendor es el primero y universal, no tanto consiste en que es universal la ciencia, sinó en que es continua su aplicacion. Lo mismo en Italia que en Alemania, lo mismo en Inglaterra que en España, las ciencias sagradas resplandecen con una misma lumbre. La generacion de los Santos Padres se renueva en toda la latitud de las zonas europeas.

En todas ellas era igualmente práctica y necesaria la controversia, el magisterio religioso, la predicacion cris-

tiana, la gobernacion episcopal, la educacion pública, la *institucion*, ó sea educacion de los Príncipes, la direccion de las corporaciones eclesiásticas, la asistencia y discusion de los concilios. Tal vez ésta circunstancia sea parte principal para que los hombres de Iglesia sean llamados á todas las otras profesiones, y á poner mano en todos los demás negocios. En una parte son los primeros estadistas; en otra los más grandes historiadores; aquí los más hábiles diplomáticos, y hasta en el teatro, no los menos eminentes y filosóficos poetas. Lo que sucede en la profesion teológica se repite donde quiera que los grandes estudios y los árduos negocios se aünan y combinan. Allí descuella más pronto el saber, y caminan con más largos pasos la civilizacion y la cultura del siglo.

La índole particular del gobierno en las Repúblicas de Italia dá mayor participacion en las cosas del Estado á los hombres de ciencia. Allí se forman los primeros políticos, allí habian escrito los primeros sábios. En Aragon y Castilla florecen, á impulso de influencias análogas, hombres, que por contrarios motivos no se continuaron. En Inglaterra, desde muy temprano, fueron hombres de accion los hombres de inteligencia. Por eso en aquella tierra de grandes políticos, los estudios profundos y los grandes descubrimientos precedieron en más de un siglo al saber de otros pueblos. Por eso en aquel país de profundos pensadores, sus primeros estadistas, desde Bacon hasta Canning, han sido literatos y filósofos. Por eso sus historias y sus empresas, sus revoluciones y sus conquistas, sus constituciones y su industria, su política y su filosofía, llevan impreso, desde muy antiguo, aquel sello de superioridad práctica, de solidez y de duracion, que se reproduce en su poder material, en su dilatada influen-

cia sobre el mundo, y en la misma organizacion interior de sus gerarquías sociales.

Si en Francia el saber vivió por más tiempo alejado de la escena política, nada, de cierto, ganaron en ello, ni la causa de la filosofía, ni la de la administracion pública. Los desaciertos de una gobernacion ignorante dieron motivo á un trastorno social; los estragos del estudio teórico y solitario pararon en aquella anarquía de la razon, en aquel desquiciamiento de toda moral, en aquel absurdo sistema de filosofismo material y descreido, que cuando llegó el plazo de la revolucion política, estimularon sus delirios, precipitaron sus catástrofes, y dieron á sus errores la realidad espantosa de crímenes. El orden con la libertad no se reconciliaron hasta que la inteligencia y la política se unieron. No bastaba Sieyes, ni alcanzaba Lafayette: era menester Napoleon; y despues de Napoleon, la desgracia y la verdad, la experiencia y el talento.

El nuevo régimen, concertando lo desunido, y reconciliando lo divorciado, imprimió nuevo sello de moderacion á las doctrinas políticas, dió una base de creencia á los principios morales, presentó resultados de utilidad á los espíritus contemplativos, señaló un objeto y un criterio moral á la literatura, y trazó el camino de los estudios históricos por regiones más fecundas en enseñanzas útiles al género humano. Sus hombres más eminentes han alternado desde entónces la profesion de la ciencia con la práctica y direccion de los grandes intereses sociales, sin que en juicio comparativo tengamos ciertamente que deplorar las consecuencias de esta mudanza. Los Guizot, los Molé, los Dupin, los Thiers, los Royer Collard, los Villemain, los de Broglie, los Lamar-

tine, los Cousin, y tantos otros que hemos visto pasar alternativamente de la cátedra del profesor á la tribuna parlamentaria, y de la silla ministerial al gabinete del filósofo, no creo, Señores, que hayan llegado á ménos altura de honra, y de esplendor para su Patria y para su siglo, que aquellos declamadores y sofistas, que hace ahora cien años escribian y estudiaban en la soledad, sin que el estrépito del mundo interrumpiera la vigilia de sus teóricas especulaciones. ¿Quién sabe, Señores, si el haberle faltado las mismas condiciones que á la sociedad francesa, ha sido parte para que la Alemania, con una superioridad reconocida, presente hoy un espectáculo tan extraordinario, literaria y filosóficamente considerado? ¿Qué se han hecho, en verdad, aquellas apariciones luminosas, que deslumbraban, no hace aún medio siglo, del otro lado del Rhin? ¿Á dónde se han ido los discípulos de Kant y Schelling? La descendencia de Goëthe y de Schiller ¿qué ha sido de ella? La declinacion rápida de aquella remontada literatura, la anarquía moral de aquellas escuelas filosóficas son un ejemplo vivísimo, Señores, que no puede dejar de ser notado por los ojos de una crítica, que desde la elevacion de la filosofía, haga descender juiciosamente sobre los hechos la sonda de la experiencia.

Tambien nuestra España subministraría ejemplos, que vinieran en apoyo de nuestras explicaciones, si no nos desviara del propósito de buscarlos el temor de encontrarnos cara á cara con un hecho peculiar de nuestra historia, que cambió súbitamente la direccion de los espíritus y la marcha de los negocios, desnaturalizando la condicion del saber y de la literatura, del gobierno y de la sociedad. Cuando con mayor grandeza y con un brío,

sólo comparable á la intrepidez de sus hazañas de guerra, amenazaba extenderse el ingenio español por todos los dominios de la inteligencia humana, erigióse un tribunal, armado con la cuchillá de la justicia, para condenar en nombre de la fé los juicios atrevidos de la razon humana. El establecimiento anti-evangélico de la Inquisicion fué de consecuencias más funestas á la literatura, que á la política. La pretension satánicamente orgullosa de que no hubiera errores, cegó en su manantial la fuente de las verdades. La censura del Santo Oficio produjo en España los mismos efectos, á que había dado lugar en la Grecia la envidiosa y suspicaz cautela de aquellas democráticas tiranías. Oculta detrás de su negro velo la luz de la ciencia, quedó sólo el dominio del arte, para que en él se viera, aunque quebrantado, su reflejo.

Nuestra historia literaria de aquellos tiempos no es á propósito para deducir conclusiones generales: pertenece á la historia del génio; es la biografía individual de algunos talentos excepcionales y portentosos. Se desvanecen como una radiosa aparicion de gloria; la literatura decae; y en este período de decadencia, la separacion entre el cultivo de las letras y la práctica de los negocios, es de dia en dia más profunda. La restauracion de los buenos estudios no empieza hasta que en el reinado de Cárlos III los hombres de inteligencia y de doctrina son llamados de nuevo á los cargos de la república. En nuestros dias, Señores, cuando una guerra nacional primero, y más tarde una contienda encarnizada de intereses y de principios, arroja á la liza de estos combates y al foro de estas querellas á todos los hombres de actividad, de espíritu y de elevacion de ideas, la escena literaria cambia completamente de aspecto. ¿De qué mane-

ra, Señores? ¿Podemos creer que se oscurece y se reduce? ¿Podemos asegurar que se ensancha y se ilumina?..... *Ai posteri l'ardua sentenza*, diré con Manzoni: á mí, Señores, pensar confiadamente que los que vivimos, vemos en nuestra época al lado de lo bueno y de lo grande, todo lo mediocre, efímero y perecedero que se produce siempre; pero que en el juicio de la posteridad, la literatura de estos revueltos y procelosos dias podrá sostener dignamente su parangon con el recuerdo de otros tiempos, en que el saber era más exclusivamente académico, y en que los amigos de las Musas no tuvieron que exclamar tantas veces como con penoso afan lo hemos hecho nosotros: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

No, Señores, no. Las circunstancias particulares de nuestra actual condicion no pueden ser síntoma, ni serán causa de decadencia literaria. ¿Se extinguirá por ventura el génio? No puede ser, Señores: el génio, que recibe su inspiracion directa de la sabiduría divina, continuará revelando sus oráculos á esta Nacion gloriosa, cualesquiera que sean la desventura ó la prosperidad que la Providencia le depare. Los que reciben esa mision privilegiada, no habrán menester el estímulo de las recompensas, ni podrán ser desviados de su elevado rumbo, por las ráfagas del torbellino del mundo. Inteligencias, que, perteneciendo á la literatura de todos los tiempos y países, nacen para ser modelos y guias de la raza humana, continuarán independientes de su sociedad y de su siglo. La atmósfera en que viven, y la region en que campean, está más alta que los Gobiernos, que las revoluciones; más que los intereses de la sociedad, más que las sectas filosóficas y que las escuelas literarias. No haya miedo, Señores, de que el Cielo deje de enviar sus elegi-

dos sobre nuestra Patria, por revueltos y agitados que hayan de ser sus días, por más rícidamente que pudieran batallar todavía las encontradas pasiones. Lo que sucedió en la edad más caliginosa de la barbárie, no dejará de acontecer en los tiempos más bonancibles de una civilización espléndida.

El sol, que inflamaba nuestros horizontes en los siglos rudos de una sombría esclavitud y de una anarquía tumultuosa, no dejará de brillar cuando asientan su imperio sobre la tierra la libertad de la razón y el orden de la justicia. Aquí, donde las hogueras de la Inquisición no pudieron quemar las alas angélicas de nuestros insignes ingenios, no podemos creer, sin desconfiar temerariamente de la misericordia divina, que las turbulencias políticas ó las calamidades sociales, las preocupaciones del mundo, ó los extravíos del entendimiento sean bastantes á impedir el nacimiento y desarrollo de los Lopes, de los Cervantes y de los Calderones venideros.

Las Academias, Señores, no representan este portentoso talento individual. Como el mundo y como el siglo, obedecen sus preceptos, acatan sus oráculos, oponiendo en verdad á veces á sus extravíos, el antemural de aquellos principios permanentes y conservadores, que el común sentido les tiene encomendados. Las Academias pueden representar el saber colectivo de una sociedad en sus diversos dominios, y la participación de todos los hombres entendidos en la tarea común de la civilización de una época. Que no sea desmedidamente exclusivo este concurso; que encuentren proporcional cabida en este fecundo trabajo las inteligencias que se consagran á la sociedad, ó los corazones que pagan á la humana naturaleza el tributo de sus afectos,—he creído demostrarlo,

Señores,—no implica decadencia y ruina en los adelantos científicos de un pueblo, ni empaña aquella aureola de esplendor literario, con que señala la Historia el giro de las sociedades por las órbitas de la civilización.

Redundaría, sí, en desdoro de este esplendor, el que los que recibiéramos este lauro, por consideraciones en que tiene parte tan principal la generosidad y la benevolencia, creyéramos que era un galardón debido á grandes trabajos, y un asiento de reposo al cabo de una carrera de laboriosos merecimientos. Pero los que se encuentren en mi caso habrán de aceptarle, Señores, como una consagración que nos impone grandes sacrificios, y que nos empeña en la esforzada empresa, debajo de cuyas gloriosas banderas acudimos á recibir humildes la bendición de nuestras armas. ¿Qué importa que hayamos militado en otro campo? La enseñanza que allí hayamos recogido, puede ser no del todo infructuosa para saber cumplir nuevos empeños. Los juramentos que aquí nos ligen, podrán realzar y enaltecer las obligaciones que de otros compromisos conservemos.

Aquí, como en la sociedad, el estudio de los hombres consumados en las vigiliás de su gabinete, fecundará la viva enseñanza que dá la amarga experiencia del mundo. En este consorcio, señores, la política podrá recordar diariamente á la ciencia, que la perfección moral del hombre, y la mejora continua de su condición social es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiración. Aquí la ciencia podrá repetir todos los días á los hombres pagados en demasía de la importancia política, ó sobradamente preocupados de positivos intereses, que nunca, sin esplendor literario y sin superioridad científica, han alcanzado las naciones, por gloriosas y

prósperas que aparezcan, aquella supremacía de influencia moral, que es la verdadera grandeza de los pueblos y de los hombres.

La combinacion de estos dos principios, Señores, es el seguro de vida de toda civilizacion sólida, como es el sello de perfeccion de toda consumada literatura.

HE DICHO.

ÍNDICE.

	Fólios.
Prólogo, por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio.	VII
Advertencia del Autor.	3
Una cita, anécdota.	5
Prólogo á las obras poéticas de D. José Zorrilla.	42
Juicio sobre la segunda parte de <i>El Zapatero y el Rey</i>	64
De las novelas en España, con motivo de la publicacion de <i>Sab</i> , novela original de la Señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.	72
Juicio sobre las poesías de la Señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.	84
La Alhambra.—Gonzalo de Córdoba.—El Cid.	96
Apéndice sobre San Pedro de Cardeña, tomado del <i>Boletín eclesiástico</i> del Arzobispado de Búrgos.	110
D. Francisco Javier de Búrgos.—Biografía.	121
Apéndice á esta biografía.	197
D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas.—Biografía.	199
Apéndice á la biografía del Señor Duque de Rivas.	279
Discurso pronunciado en el Liceo de la Coruña en 1846.	285
Discurso de recepcion en la Real Academia Española en 17 de Noviembre de 1847.	294

FÉ DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
xxiii	46	à este discurso de Pastor Díaz, me reduje à decir	à este discurso, de Pastor Díaz me reduje à decir
124	45	Lamenais	La Mennais
153	última	menester	menester,
141	14 y 45	ò no hubiera sido peor que la de 1812 ò se habria abolido en 1812	no hubiera sido peor que la de 1812, y acaso no se ha- bria abolido en 1812
148	45	plecto	plectro
166	29	la aflige	le aflige
252	22	y vió autorizado	y vió autorizados
278	4	Cromwel	Cromwell
290	21 y 22	de el Loira	del Loira
297	25	buscarla	encontrarla

